



PREHISTORIA

POR EL LICENCIADO

DON JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN

PROFESOR DEL SEMINARIO CONCILIAR DE VITORIA

I

EN este cursillo de Prehistoria, cuya explicación me ha sido encomendada, hubiera sido para mí labor más fácil y asequible exponer sencillamente lo que hasta ahora se sabe de nuestros antecesores prehistóricos. Para ello bastábame hacer la descripción de los monumentos y yacimientos antiguos de nuestro suelo, examinar los objetos extraídos de ellos y atenerme a las conclusiones que de su estudio se desprenden. Mas yo creo que para conseguir el mayor desarrollo y progreso de la Prehistoria entre nosotros, y como medio preventivo contra la plaga de los que, faltos de formación científica, se dan a fantasear a propósito de cualquier monumento antiguo, conviene exponer los métodos a seguir en esta ciencia en sus dos aspectos: teórico y práctico.

La parte teórica de este estudio a la que habremos de ceñirnos hoy, comprenderá algunas nociones de Prehistoria y los métodos y fundamentos científicos de la clasificación prehistórica, refiriéndolos siempre a las antigüedades del territorio vasco.

El aspecto práctico, que en nuestro caso ha de referirse a la exposición de los planes a que hemos de atenernos en los trabajos de exploración, reconocimiento y excavación de los yacimientos y monumentos prehistóricos, será objeto de la disertación de mañana.

Origen y definición de la Prehistoria

El hombre, desde que existe, ha tenido que abandonar en la tierra que habita los restos de su cuerpo y de su industria, restos que gracias a las exploraciones realizadas de medio siglo a esta parte en muchos puntos de Europa y fuera de Europa, han vuelto a aparecer.

Estudiados con detención, resultó que muchos de ellos no podían ser explicados por documentos históricos, pues representan una industria y una civilización anteriores a las que nos describe la Historia.

Como dice muy atinadamente el Ilmo. Fernández Valbuena en su reciente obra «La Religión a través de los siglos», el conocimiento que la ciencia nos proporciona acerca de estos hallazgos, nos lleva a tiempos antiquísimos en los que no se nos presentan las cosas sino en contornos embrollados y vacilantes; pues al penetrar en ese campo, hemos dejado atrás las luces de la Historia y nos es imposible asignar a los hechos fechas precisas que puedan calcularse por medio de años. «Nuestra cronología, continúa, no remonta más allá de los egipcios y de los asirio-babilonios, llegando con los primeros al tercer milenario y con los segundos al cuarto antes de la era cristiana. Más allá ya no hay historia».

De ahí resulta que necesitamos de otro medio para desentrañar el misterio de las civilizaciones primitivas, y para reconstituir en algún modo los hechos que realizaron, las condiciones en que vivieron y las vicisitudes que atravesaron aquellos de nuestros antepasados a quienes no alcanzan los documentos propiamente históricos.

Este medio es el estudio de los restos del cuerpo del hombre y de su industria, que quedaron guardados en las entrañas de la tierra. De este estudio ha nacido la Prehistoria, *ciencia en la que se estudian las antigüedades humanas, en cuanto se refieren a los hechos realizados por el hombre en tiempos anteriores a todo documento histórico.*

Extensión de la Prehistoria

Donde empiezan los documentos históricos termina la Prehistoria. Mas la línea divisoria entre la Historia y la Prehistoria no corresponde a la misma época en todos los países. Gran parte de la Prehistoria de los pueblos europeos es sincrónica con las épocas históricas de las antiguas monarquías orientales; y concretándonos al pueblo vasco, hemos de decir que nuestra Prehistoria es sincrónica con las épocas históricas de muchos pueblos de Europa, pues para saber algo de nuestros antepasados, no ya solamente de la Edad Antigua, sino también de la Edad Media, nos es preciso acudir a procedimientos propios de la Arqueología prehistórica.

Por lo tanto, si queremos conocer el origen y desarrollo de nuestro pueblo y las civilizaciones que nos precedieron hasta hace poco, no nos queda otro medio que investigar restos materiales, estudiarlos, compararlos con los datos que nos suministren los estudios ya hechos acerca de otros pueblos, y atenernos a las conclusiones que de ahí se deriven.

En esta labor nos ayudarán varias ciencias. Tales son la Geología, la Paleontología, la Antropología, la Arqueología y la Etnografía.

Ciencias auxiliares

La Geología nos enseñará las circunstancias climatológicas y las condiciones de habitabilidad que en épocas prehistóricas ofrecía el territorio vasco, y es juntamente con la Paleontología un medio poderosísimo para establecer la clasificación prehistórica, como veremos muy luego.

La Antropología aplicada a la Prehistoria, nos da a conocer los caracteres físicos del hombre primitivo y las razas que en distintas épocas han poblado ciertas partes del mundo. Gracias a esta ciencia, se ha podido conocer que los constructores de los dólmenes de nuestra región eran tan vascos como nosotros: de modo que nuestra raza ocupaba ya el actual País Vasco cuando se desarrollaba esa fase de civilización representada en los dólmenes.

La Arqueología aporta gran número de datos al campo de la Prehistoria. Los vestigios que nos han quedado del hombre primitivo, sus utensilios y armas, pinturas y grabados, restos de comidas y sus construcciones son otros tantos objetos que, estudiados a la luz de la Arqueología, constituyen el elemento más importante de la ciencia prehistórica.

Los datos de la Etnografía comparada nos sirven para conocer la finalidad y el significado de muchos vestigios del hombre primitivo, y aún para reconstituir su vida social e individual, en lo que cabe, reconociendo la que hacen hoy los pueblos que suponemos se hallan en el mismo grado de cultura que aquellos: puesto que se hallan en idénticas o parecidas condiciones, son semejantes sus procedimientos artísticos e industriales, productos de su actividad espontánea.

Son de una importancia extraordinaria para el estudio de la Prehistoria los datos folklóricos, ya que por ellos conocemos las creencias, usos y costumbres del pueblo y todo lo que ha sido transmitido de generación en generación por medio de cuentos, leyendas, canciones y prácticas supersticiosas y mágicas. Es sorprendente el hecho de que muchas supersticiones antiguas hayan llegado observándose hasta nuestros días en la misma forma en que lo eran en los albores de la Historia. Una buena parte de prácticas supersticiosas de nuestro pueblo de hoy se hallan consignadas en las obras de muchos escritores latinos y griegos como vigentes y usuales en aquel entonces en Grecia y en Roma. Las fuentes (1) y las aguas de los ríos; el espino (2), el laurel y mil suertes de plantas cuya enumeración sería muy larga; como también el hacha (3) y otros instrumentos; finalmente, el aullido del perro, el canto del gallo (4) y aún

(1) Machrob. lib. 5, Saturnal. cap. 19.—San Cesáreo, obispo de Arlés, discurso 65 sobre la fe.

(2) Ovidio, lib. 6 Pastor.

(3) Marbode, obispo de Rennes, citado por Cartailhac «La France préhistorique», p. 3.; Virg., Apol.: «Qui pluvias... nitidasque *securis* inspicit.»

(4) Petronio Arbitro en su novela Satyricon, dice que al final de la cena de Trimalción, oyó éste el canto del gallo, y dijo: «este canto es señal de que hay incendio en algún lugar, o de que alguno en la vecindad se halla a punto de morir.»

el estornudo (1) de una persona eran objeto de muchas supersticiones en el mismo sentido que lo son hoy en el País Vasco. Estos hechos nos muestran hasta donde llega la inalterabilidad de ciertas prácticas y creencias, a pesar de haber tenido que pasar de generación en generación y aun de pueblo en pueblo durante largos siglos. De aquí sale una conclusión muy interesante para los estudios prehistóricos, y es la siguiente: *asi como los restos humanos y objetos hallados en las entrañas de la tierra nos conducen al conocimiento del tipo físico y de la civilización material del hombre prehistórico, de la misma manera el saber popular, que conserva los restos de sus creencias, nos dará a conocer la mitología y los cultos antiguos y nos ayudará a reconstituir la cultura espiritual de las primeras edades.*

Mas no conviene caigamos en el vicio de inventar hipótesis y formular desde luego proposiciones insostenibles a que es tan aficionada la literatura de nuestros días. Nuestra primera labor ha de ser de recopilación de datos; pero una labor seria, concienzuda, detallando las más menudas circunstancias de las leyendas, canciones, creencias y prácticas supersticiosas. El material es abundante en nuestro país: si queremos explotarlo, está en nuestra mano.

Cuando se trata de explicar el significado y la finalidad de muchos objetos que se hallan encerrados en yacimientos y monumentos prehistóricos, los datos que nos proporciona el saber popular son de inestimable valor. Muchos de los objetos que hemos hallado en los dólmenes vascos apenas se pueden explicar sin el auxilio del mismo Folk-lore vasco. Las esferitas horadadas de cristal (2), de azabache (3), de madera (4); los cristales de cuarzo (5), colmillos de jabali (6) y molares de rumiantes (7) que se encuentran frecuentemente en nuestros dólmenes y en muchos de Francia tienen cumplida explicación en el Folk-lore del País Vasco, donde aquellos objetos son empleados hoy día como amuletos contra ciertas enfermedades.

Relaciones de la Prehistoria con la Geología y la Paleontología

Los primeros restos del hombre y de su industria hasta hoy conocidos datan del período llamado Pleistoceno, primero de la era cuaternaria. Este período está caracterizado por cambios alternativos de clima frío y cálido; por

(1) El estornudo era considerado como señal de mal agüero. Herodoto, lib. 6; Plin. lib. 28, cap. 2.

(2), (4) y (5) Todavía se usan en el País Vasco bolitas de cristal y de madera y cristales como los de cuarzo pendientes del cuello. Créese que la mujer que lleva estos amuletos, no sufre el mal llamado *zingiñe*, por lo que reciben el nombre de *zingiñarri*.

(3) Azabaches se usan en algunos puntos del País Vasco y en Santander, como amuletos que preservan contra el mal de ojo.

(6) El Bachiller Ginés de Posadilla, en un folleto titulado «Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño, etc., editado en Cádiz el año 1812. en la pág. 66, nota 1, dice que quiera él que el vicario de Zugarramurdi hubiese armado a los niños con un *colmillo de jabali*, una higa de azabache, etc., contra las incursiones de las brujas.

(7) En Llodio, p. e., colocan en un saquito las muelas y dientes del erizo, y sirven de amuleto que llevan los niños pendiente del cuello para que les nazca la dentadura.

extensos depósitos de gravas diluviales y por varias especies de animales extinguidas antes de la época actual.

También en el País Vasco los restos más antiguos de la industria humana han sido hallados en terreno cuaternario, en contacto con restos de especies animales ya extinguidas o emigradas a lejanas regiones hace muchos siglos. De ahí, pues, que los datos más antiguos de la Prehistoria vengan a confundirse con los de la Geología cuaternaria. Y esta coincidencia de datos ha continuado en muchos sitios hasta nuestros días, sobre todo en aquellos que han sido habitados frecuentemente por el hombre, y donde al mismo tiempo los agentes naturales han ido formando sus depósitos de sedimentación. En más de un punto de nuestro país pueden verse restos arqueológicos correspondientes a épocas no muy antiguas, encerrados en capas de formación reciente. Tal ocurre en el yacimiento al aire libre del camino de Lasarte, junto a la ciudad de Vitoria.

División general de la Prehistoria

La industria humana correspondiente al período pleistoceno de los geólogos, ha sido llamada *paleolítica*, por lo tosco de sus instrumentos, o mejor, por ser la más antigua. A esta industria sigue la *neolítica*, cuyos instrumentos alcanzan mayor variedad y perfección, y se desarrolla después del Pleistoceno; después viene la industria de bronce y por fin la de hierro.

La Cronología en la Prehistoria

La civilización material, en sus principios, aparece pobre y rudimentaria; pero en ninguna manera podríamos concluir de aquí la inferioridad de la cultura intelectual y moral de aquellos hombres. No hay datos que justifiquen tales deducciones. La cultura material depende, no sólo del desarrollo del ingenio humano, sino también de largos siglos de experiencia. Esto no obstante, datan de la época paleolítica importantísimos descubrimientos que muchas veces no son apreciados en su justo valor, por ser tan familiares a todos los hombres; pero no dejan de ser más sorprendentes y útiles que los más asombrosos de nuestros días. Entre ellos se ha de contar el descubrimiento del fuego artificial y su aplicación a usos domésticos.

Puesto que al fin es preciso admitir alguna evolución en la industria y en el arte, para estudiarla debidamente, será necesario aplicar alguna cronología a la Prehistoria; pero ha de ser una cronología relativa, ya que en la Prehistoria nada se puede calcular por medio de años. Por eso, pues, las épocas que hemos señalado, no designan divisiones absolutas de tiempo, sino etapas sucesivas de la civilización, entendiendo por esta palabra el grado de perfección moral, intelectual y material de que goza un pueblo en una época determinada.

Fundamentos de la clasificación prehistórica

Puesto que en todo esto no interviene ningún documento histórico, alguien podría dudar de la posibilidad de ordenar los hallazgos arqueológicos y antropológicos según sus grados de antigüedad y de establecer por tanto su cronología relativa.

Por eso conviene exponer los fundamentos científicos de la clasificación prehistórica, con lo cual se concebirá cuando menos la posibilidad de representar la sucesión de las fases industriales y artísticas, y aun las costumbres, las creencias y el tipo físico de los hombres primitivos en una época dada.

Y en esto de los fundamentos científicos hemos de insistir tanto más cuanto que hemos de tropezar frecuentemente con personas que con solo ver uno que otro monumento, y leer a la ligera algún folleto que por casualidad haya llegado a sus manos, se creen capacitados para escribir un libro sobre tales monumentos, proponiendo desde luego nuevas hipótesis, obra de su mucha imaginación, y formulando, según costumbre, conclusiones atrevidísimas, de lo cual podríamos citar algún ejemplo reciente de nuestro mismo país. Estos tales causan grandes perjuicios a la ciencia y hacen que otra clase de personas, que al fin toma las cosas más en serio, crea que los estudios prehistóricos constituyen una ciencia que está al aire, sin ningún fundamento, donde todo se reduce a hipótesis y oscuridades.

En la Prehistoria, como en las demás ciencias, hay muchas conclusiones ciertas y otras que no son más que probables. Hacer nada más que una ligera enumeración de los conocimientos *ciertos* que ya posee el hombre acerca de la industria, del arte, de la constitución física y hasta de las costumbres de los pueblos primitivos, fuera tarea tan larga como improba e inconducente para nuestro caso.

Los fundamentos en que estriban tales conclusiones y principalmente la clasificación sistemática de los hallazgos, es rigurosamente científica.

Así como en la Geología el orden y la disposición de los yacimientos y los restos fósiles que éstos encierran son los principales medios que sirven para establecer la cronología relativa de los terrenos, del mismo modo el empleo de los dos fundamentales principios, el estratigráfico y el paleontológico, a los que luego se agrega el arqueológico, ha sido y es uno de los más importantes medios para clasificar los restos del hombre prehistórico, para agruparlos según sus épocas, y fijar por fin el desarrollo y la sucesión de su primitiva industria.

Método estratigráfico

Este método de clasificación se funda en el modo de colocación de los estratos, siendo su principio general el de la superposición, a saber: de dos terrenos superpuestos el más reciente cubre al otro, exceptuando algún caso raro en que el orden normal ha sido trastornado por movimientos posteriores.

Por lo tanto, si los yacimientos cuyas capas no han sido removidas, contienen diversos niveles arqueológicos o de restos humanos, constituyen la base primordial y más interesante de los estudios prehistóricos, suministran los más importantes datos, y son otros tantos libros en que se pueden estudiar con ventaja los caracteres antropológicos de los hombres de aquellas edades y de las vicisitudes de la industria en sus primeros pasos. Entonces llegamos a conocer y coordinar los hechos y hacemos revivir ante nuestros ojos las distintas fases culturales que pasaron, atendiendo siempre las distintas profundidades en que se encuentran.

Son conocidos ya muchos yacimientos que presentan varios niveles perfectamente supuestos, separados entre sí por capas de arcilla, de gravas y de estalagmitas, y que contienen abundantes restos de la fauna y de objetos fabricados por el hombre. Estudiando tales vestigios en multitud de depósitos que presentan análogas condiciones, se han podido fijar, al menos para la Europa occidental, los caracteres paleontológico y arqueológico de cada nivel, caracteres que a su vez vienen a ser principios generales de clasificación. Por eso, cuando los restos humanos correspondientes a alguna estación prehistórica, en la que no vivió el hombre en todas las épocas, no pueden ser clasificados atendiendo sólo a su estratigrafía, se acude a los métodos paleontológico y arqueológico.

Método paleontológico

Está basado en el siguiente principio: los terrenos correspondientes a una misma época encierran las mismas especies fósiles.

Este principio, si bien es importante para el estudio de los terrenos antiguos, no es de un rigor tan perfecto como el estratigráfico, cuando se trata de aplicarlo a la Geología del Cuaternario, en que el medio ya no era homogéneo, la diferenciación de los climas se había acentuado, y las emigraciones jugaban un papel importante. Con todo, de los estudios hechos en gran parte de Europa central y occidental resulta que durante la época paleolítica se efectuaron profundos cambios en la fauna, correspondientes a los realizados en el clima. *Elephas trogontherii meridionalis* y *Rhinoceros etruscus*; *Elephas antiquus*, *Hippopotamus major* y *Rhinoceros Merckii*; *Elephas primigenius*, *Rhinoceros tichorhinus* y *Rangifer tarandus*: estos son los tres grupos de las principales especies animales características de la época paleolítica que se han sucedido gradualmente en el mismo orden en que los hemos enumerado, y es el que guardan sus restos, desde el fondo hasta la superficie, en los depósitos diluviales. Restos humanos y arqueológicos que se encuentran con los de alguno de estos grupos, se pueden determinar con más exactitud y clasificar con mucha aproximación.

Este método es de suma importancia, aunque no aplicable a todos los países en la misma forma, por la diversidad de las faunas debida a las diferencias crematológicas. Por eso, un estudio profundo de la fauna de esta época en nuestro país, relacionándola con la estratigrafía, prestaría un gran servicio a la Prehistoria vasca. Las formaciones cuaternarias alcanzan escaso desarrollo

en nuestro suelo. Los depósitos de gravas y arena que forman el fondo de algunos valles son de poca extensión y no de poca potencia. Los trabajos de exploración que en ellos se han hecho hasta ahora no han dado resultado positivo. En cambio el relleno de nuestras cuevas, efectuado principalmente durante el Pleistoceno, alcanza espesores considerables en algunos sitios; y de ligeras excavaciones practicadas en varias cuevas han salido importantes restos de animales de aquella época, mezclados algunas veces con los del hombre prehistórico. Las cuevas de Aitzkirri (Oñate), Aitz-bitarte (Rentería), Mairuelegorreta (Gorbea), Armuña, Balzola, Berriatúa (Vizcaya), contenían huesos de *Ursus spelaeus*, *Ranyifer tarandus*, etc. En la cueva de Santimamiñe (Kortézubi), se conservan hermosos dibujos parietales que representan bisontes, caballos, cabras, osos, ciervos, etc., (1) hermosa manifestación de la habilidad artística del hombre cuaternario, que hace de aquella cueva el primer monumento prehistórico de los conocidos hasta hoy en el País Vasco.

Este género de datos, cuando procede de terrenos de sedimentación no removidos, sirve para distinguir los depósitos diluviales o pleistocénicos de los modernos, desde que por inducción se sabe que antes de la época actual se extinguieron varias especies animales, como *Ursus spelaeus*, *Felis antiqua* y todas las que hemos citado antes, excepto el reno, que emigró a lejanas regiones del Norte, donde vive todavía.

Son además interesantes los datos paleontológicos para determinar con precisión los niveles del Paleolítico, a lo menos los más antiguos, que por su larga duración permiten estudiar los cambios efectuados en su fauna. Tales datos constituyen el principal fundamento en que estriba la distinción del Prechelense y el Chelense (dos etapas de la civilización paleolítica), pues la industria Prechelense fué hallada con restos de *E. meridionalis*, y la Chelense con los de *E. antiquus*, que es posterior.

Método arqueológico

Examinados ya centenares de yacimientos en muchos países de Europa y fuera de Europa, a la luz de los métodos mencionados, se ha podido observar que en cada etapa los productos de la industria humana presentan *caracteres peculiares*, lo cual ha permitido establecer otro medio de determinar y clasificar los yacimientos no menos importantes que los anteriores, a saber: el arqueológico; método, cuyos datos, como es fácil suponer, tienen tanta mayor fuerza cuanto mayor sea la variedad y riqueza de objetos industriales y artísticos.

Con la interesante ayuda de los caracteres arqueológicos han sido clasificados muchísimos yacimientos a los que no eran aplicables los procedimientos estratigráfico y paleontológico. Así lo fueron en nuestro país el de Balzola (Dima) y los eneolíticos de Navarra, Guipúzcoa y Álava.

(1) En esta lista, la única especie cuaternaria para el País Vasco es el bisonte, que emigró de aquí antes de la época actual.

El Paleolítico y sus divisiones

Bajo el aspecto geológico, esta edad se distingue por las grandes expansiones glaciales, por las extensas formaciones de gravas y arenas de los valles y por el loes y depósitos de las cavernas; bajo el paleontológico, por varias especies de animales ya extinguidas o emigradas, de las cuales hemos mencionado algunas; bajo el arqueológico por útiles y armas de piedra tallada y de hueso y por obras de escultura, grabado y pintura que representan principalmente animales de aquellos tiempos, y alguna vez cuadros de cacería y costumbres, con armas y trajes propios de aquella primitiva civilización.

En la edad paleolítica han sido señaladas siete etapas, a saber: Prechelense, Chelense, Achelense, Musteriense, Aurifiaciense, Solutrense y Magdaleniense, etapas o periodos cuyos caracteres hemos de indicar brevemente.

Dado el estado actual de la ciencia y el carácter de este trabajo, nada hemos de decir respecto a la correspondencia y relación de estos periodos con los cambios crematológicos y demás fenómenos del cuaternario. Por ahora nos basta saber que esta división, a menos a partir del Chelense, se halla comprobada por multitud de datos estratigráficos que no dejan lugar a duda, de modo que en los yacimientos en que dos o más de estas etapas se hallen representadas en niveles superpuestos, la más antigua ocupará el tramo más profundo, conservando siempre el orden en que las hemos enumerado, puesto que es el de su antigüedad. Y nada más diremos de su carácter estratigráfico.

PALEOLÍTICO

Prechelense

Con este nombre ha sido designada la primera y la más antigua etapa paleolítica de las que se conocen hasta el día. Fué señalada por primera vez cerca de Amiens, en la segunda terraza del Somme.

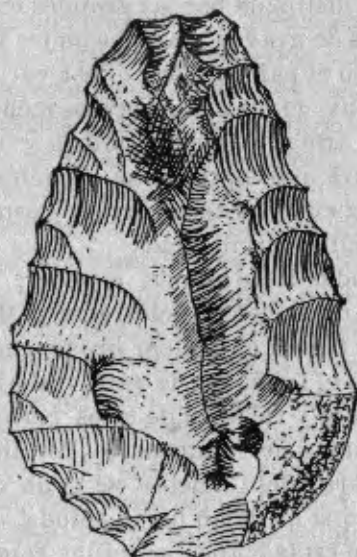
Carácter paleontológico.—La fauna es de clima cálido del cuaternario medio con *Elephas meridionalis*, *E. antiquus*, *Hippopotamus major*, *Rhinoceros etruscus*, *Rh. Merckii*, etc.

Carácter arqueológico.—Los objetos correspondientes a esta etapa ofrecen muy poca variedad e interés. Se reducen a unos toscos instrumentos en los que se reconoce el trabajo del hombre. Algunos, los más típicos, se parecen a hachas de mano que aparecieron más tarde.

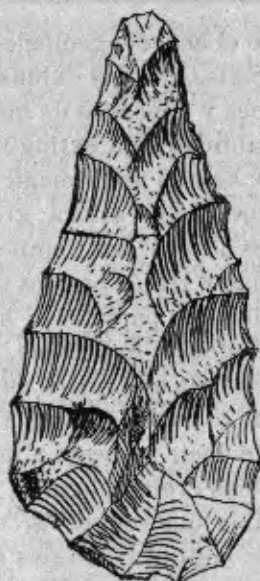
Chelense ⁽¹⁾

Las estaciones chelenses se encuentran generalmente en llanuras poco elevadas en la proximidad de los ríos, donde el hombre podía satisfacer ampliamente sus necesidades.

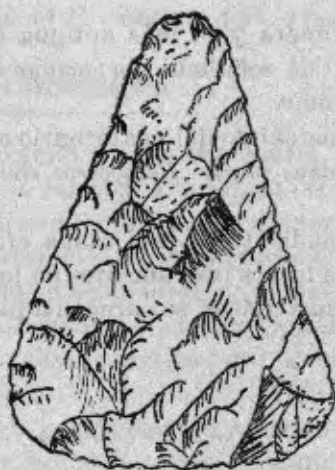
(1) De Chelles, pequeña población situada al E. de París.



(Fig. 1).—Hacha de mano chelense amigdaloid. $\frac{1}{2}$ tamaño natural.



(Fig. 2).—Hacha de mano chelense lanceolada. $\frac{1}{2}$ tamaño natural.



(Fig. 3).—Hacha de mano achelense triangular. $\frac{1}{3}$ del tamaño natural.



(Fig. 4).—Lasca tipo Levallois, achelense. $\frac{1}{2}$ del tamaño natural.

Carácter paleontológico.—El clima es benigno con *E. antiquus*, *Hippopotamus major* y *Rh. Merckii*.

Carácter arqueológico.—El *hacha de mano* es el instrumento característico de esta etapa. Es una piedra (generalmente de sílex) de forma de almendra, tallada toscamente por ambas caras, gruesa en el centro, con bordes cortantes y sinuosos y un extremo tallado en punta y el opuesto redondeado y más grueso. A veces afecta otras formas: oval, discoidal, lanceolada, etc. Sus dimensiones son variadas, pero en general mide 12 o 15 centímetros de largo. (Fig. 1 y 2).

Achelense ⁽¹⁾

Carácter paleontológico.—Aunque en la primera fase de esta etapa aparecen todavía el *E. antiquus* y *Rh. Merckii*, que revelan un clima benigno; la presencia de *E. primigenius* (mamut) y de *Rh. tichorhinus* en el tramo superior nos señalan un cambio de clima. De conformidad con los datos paleontológicos, algunas estaciones con industria achelense han sido halladas en varias grutas.

Carácter arqueológico.—El *hacha de mano* es menos voluminosa y menos grosera que en el Chelense. En el tramo inferior este instrumento era de forma «oval aplanada, de perfil estrecho». En el tramo superior son características las formas de hacha fina triangular y lanceolada. (Fig. 3).

Lasca tipo Levallois es la que afecta forma oval, bastante regular, con una cara plana y la opuesta tallada: cuando es puntiaguda se llama *punta tipo Levallois*. (Fig. 4).

Musteriense

Carácter paleontológico.—La fauna es de clima más frío que en el anterior, con *E. primigenius*, *Rh. tichorhinus*, *Rangifer tarandus*, etc., en la Europa occidental.

En la Península Ibérica continúa todavía la fauna de clima más benigno, como lo indica el nivel musteriense de la cueva del Castillo (Santander) con *Rh. Merckii*. Con todo, las estaciones al aire libre son raras: las más se hallan en las cuevas, donde el hombre musteriense encontraba refugio seguro contra el frío que ya se sentía en todas partes.

Carácter arqueológico.—El arte evoluciona cada vez más. Entre multitud de instrumentos, como láminas con muescas, raspadores, perforadores y otros, cuyos precursores se hallan ya en el Chelense y en el Achelense, hay dos que caracterizan este nivel, a saber: la *punta musteriense* y la *raedera*. Aquella es una lasca tallada cuidadosamente en sus bordes sólo por una cara, y terminada en una o dos puntas. *Raedera musteriense* es otra lasca tallada sólo en su borde convexo. (Véanse las figs. 5 y 6).

* * *

(1) De Saint-Acheul, barrio de Amiens.

Hasta aquí hemos indicado ligeramente lo más característico de las etapas del Paleolítico inferior. Ahora nos toca decir algo del Paleolítico superior, que también ha sido llamado *Época del Reno* por el extraordinario desarrollo que alcanzó entonces en Europa esta especie.

La fauna parece indicar un clima frío, algo más atenuado en el Auriniaciense y en el Solutrense que en el Magdaleniense, por ser más abundante el Reno en este último nivel. El Auriniaciense difiere de los dos siguientes por la presencia de mayor número de animales extinguidos en el primero. Es difícil, sin embargo, hallar diferencias en las faunas de los niveles del Paleolítico superior, lo que hace que el carácter paleontológico en la clasificación de éstos sea sustituido por el arqueológico; y hay tanta más razón para eso cuanto que la industria en piedra y hueso y sobre todo la pintura y el grabado llegaron en esta época a tan alto grado, que no duda el sabio E. Breuil en afirmar que «no se puede admitir que el Paleolítico superior haya sido derivado del Musteriense en la Europa occidental. Más probablemente—continúa—se trata de invasiones de pueblos mucho más elevados en la escala de las razas y de la civilización que sus predecesores neandertaloides». (1).

La técnica en la industria de la piedra es distinta en esta época. Dice Obermaier: «En lugar de los grandes tipos de hachas y de las lascas toscas por lo general y anchas aparecen las típicas industrias de hojas», caracterizadas por hojas largas y finas y más o menos prismáticas, y por las variantes de estos tipos (2). Lo mismo se diga también del trabajo en hueso y en cuerno poco conocido en el Paleolítico inferior. Y aunque muchas de las formas se repiten en los distintos niveles, no faltan en cada uno de estos tipos característicos, importantes elementos de determinación, de los cuales echa mano el prehistoriador siempre que trata de elevar los hechos a una generalización racional y científica. Vamos a ver cuáles sean estos elementos clasificadores en cada uno de los niveles del Paleolítico superior.

Auriniaciense.

Carácter arqueológico.—Al principio de esta etapa se desarrolla la industria llamada de Chatelperron, cuyo tipo característico es la *punta de dorso curvo*, que viene a ser una lasca larga y delgada con solo un borde cortante, y el opuesto convexo y con retoques. (Fig. 7.)

El Auriniaciense medio se caracteriza por *hojas* con una o más *escotaduras* o partes cóncavas con retoques marginales, por *raspadores aquillados* o *cónicos*, llamados así según que tengan el dorso abultado en forma de una quilla invertida o en forma de cono (fig. 9); por *buril de punta arqueada* de forma semejante a la del raspador aquillado, con el ángulo terminal formado por la intercesión de una superficie plana y otra convexa llena de acanaladuras (fig. 8), y por la

(1) «Les subdivisions du paleolithique supérieur et leur signification». Genève, 1912; págs. 172 y 174.

(2) «El Hombre sôtil». Madrid, 1916; pág. 114.



(Fig. 5).—Punta musteriense. $\frac{1}{3}$ del tamaño natural.



(Fig. 6).—Raedera musteriense.



(Fig. 9).—Raspador aquillado auriniaciense. Tamaño natural.



(Fig. 8).—Buril de punta arqueada. $\frac{3}{4}$ tamaño natural, según H. Breuil.



(Fig. 7).—Punta del tipo de Chatelperron. $\frac{2}{3}$ tamaño natural.



(Fig. 10).—Punta de hueso hundida.



(Fig. 11).—Punta de la Gravette. $\frac{3}{4}$ tamaño natural.



(Fig. 12).—Punta atípica de muesca. $\frac{3}{4}$ tamaño natural según H. Breuil.

punta de hueso o asta de forma aplastada cuya base presenta una profunda hendidura. (Fig. 10.)

El tramo superior del Auriniaciense está caracterizado por la *punta de la Gravette* que es una hoja delgada, de pequeñas o regulares dimensiones casi siempre, cuyo dorso ha sido tallado a pequeños golpes paralelos, generalmente en sentido normal al eje de la pieza (1). (Fig. 11). Pertenece a esta etapa la punta atípica de muesca que es como la *punta de la Gravette* con una escotadura en su tercio inferior. (Fig. 12.)

Solutrense

Carácter arqueológico.—La industria pétrea de esta etapa se caracteriza desde luego por su retoque, que se extiende a toda la superficie de la pieza.

En el nivel inferior es característica la *punta hoja del laurel*, así llamada por su semejanza con las hojas del laurel. Es una punta o flecha tallada con rara perfección en una hoja de sílex, cuyos retoques, hechos generalmente con mucha finura sobre ambas caras, son paralelos. La base afecta las formas cóncava, convexa y a veces pedunculada.

En el Solutrense superior, el tipo característico es la llamada *punta solutrense de muesca*. Es semejante a la punta auriniaciense de muesca, de la que se distingue principalmente en que en la solutrense la talla se extiende a toda la superficie de la pieza.

Ambos tipos de punta solutrense están tan fina y delicadamente ejecutados que con razón se puede decir que la industria lítica llegó en este tiempo a su apogeo. (Fig. 13.)

Al final de la época aparecen algunas agujas de hueso finamente trabajadas.

Magdalenense

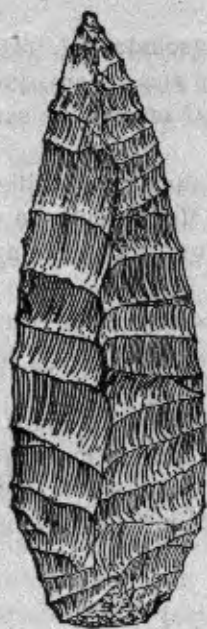
Carácter paleontológico.—Durante el desarrollo de esta etapa de la civilización paleolítica se extinguen algunas especies de animales; (el oso de las cavernas, el Mamut, etc.), dejándonos como testigos de su paso por la tierra los restos de sus esqueletos y los grabados y pinturas que los representan, y que fueron ejecutados por los artistas paleolíticos.

La fauna es ártica, abundando sobre todo el reno.

Carácter arqueológico.—La industria de sílex está en completa decadencia. «Si hay algún hecho cierto en la prehistoria—dice Breuil—lo es el que los primeros magdalenenses no son los solutrenses evolucionados».

Los instrumentos de sílex son bastos, de mala calidad muchas veces, mal retocados. En cambio, los útiles de hueso y asta presentan un carácter bien definido desde el principio de esta etapa, en las *azagayas*, o sea puntas de hueso

(1) «Nomenclatura de voces técnicas del Paleolítico». Comisión de investigaciones paleontológicas y prehistóricas. Madrid, 1916.



(1)



(2)

(Fig. 13).—Tipos Solutrenses. (1), punta hoja de laurel; (2), punta de muesca. Tamaño natural.



(Fig. 14). — Azagaya magdaleniense.



(Fig. 15). — Pico de loro magdaleniense.



(Fig. 17).—Bastón perforado $\frac{1}{4}$ tamaño natural.



(Fig. 16). — Arpones Magdalenienses.

de gran tamaño con la base ancha y ordinariamente biselada (fig. 14). La industria lítica ofrece más tarde un objeto típico llamado *pico de loro*, que es una lasca alargada con dorso arqueado y una punta lateral en uno de sus extremos. (Fig. 15).

El *arpón* hecho con hasta de reno, de sección cilíndrica, sin orificio en la base, es el tipo característico de la mitad superior del Magdaleniense (fig. 16). Al principio los arpones son de una sola hilera de dientes; más tarde aparecen con dos hileras.

Otro instrumento propio del Magdaleniense es el *propulsor*, que es una varilla cilíndrica de hueso o asta con una muesca en un extremo de la pieza, donde sin duda se apoyaba la base de alguna arma arrojadiza.

En las estaciones magdalenienses aparecen también los llamados *bastones perforados*, fabricados en huesos o astas de ciervo o reno, de forma arqueada y con uno o más orificios en la base (fig. 17). No se sabe cuál era el destino de estos utensilios que aparecen frecuentemente desde el Solutrense inclusive.

* *

Hemos indicado ligeramente las manifestaciones de la civilización paleolítica. Es verdad que todavía no conocemos muchos de los elementos por los que estaba integrada; pero tampoco ignoramos algunos detalles muy importantes que nos hacen ver las evoluciones y retrocesos que sufrió en sus primeros pasos. Las más soberbias manifestaciones del arte paleolítico (pintura y grabado) son del Magdaleniense; pero extinguieron con él, siguiéndose luego la técnica de las estilizaciones y esquematismos propia de las culturas decadentes.

Del Paleolítico se pasó al Neolítico por etapas de transición, denominadas Aziliense y Campigiense.

* *

Aziliense

Carácter paleontológico.—La fauna se compone de especies actuales, predominando *Cervus elaphus*.

Carácter arqueológico.—Son propios de este nivel *disquitos raspadores*, o pequeñas lascas circulares aplastadas, con retoques marginales, retalladas por uno de sus lados (fig. 18); y los *microlitos* o lascas muy pequeñas, que según la forma que afecten, se llaman *triangulares*, *semilunares*, etc. (Fig. 19).

Son también característicos los *arpones* toscos aplanados, con una o dos hileras de dientes y un orificio en la parte media de la base (fig. 20).

Campigiense

A la etapa de transición llamada Aziliense sigue en algunas partes la Tardenoisense, que en otras se desarrolla al mismo tiempo que aquella. En gran parte de Europa sucede al Aziliense el Campigiense.

Carácter arqueológico.—Hace su aparición la cerámica.

Los instrumentos típicos son: los *picos* o hachas de sílex de forma oval alargadas, toscamente talladas; y los *hendidores* o grandes lascas de pedernal de forma triangular.

Los *Kjoekkenmoeddigs* de Suecia o Dinamarca, o sea, los grandes montones de conchas (residuos de cocina) situados junto a las costas en dichos países, pertenecen a esta época.

NEOLÍTICO

Llámanse también edad de la piedra pulimentada. Mas no todos los instrumentos líticos son pulimentados, sino solamente el *hacha* que por tal razón viene a ser el objeto más característico de esta edad. Las puntas de flecha, los cuchillos de pedernal, etc., no están pulimentados, sino tallados. (Fig. 21).

Carácter arqueológico.—Además del *hacha* hay varios objetos por los que se caracteriza el Neolítico. Tales son los útiles y armas de pedernal delicadamente trabajadas, como las puntas de flecha parecidas a *punta hoja de laurel* del Solutrense, y las pedunculadas; puntas de lanza, puñales, etc.; y cerámica, hasta al principio, fina y cuidadosamente adornada después. A esta época pertenece también gran parte de *monumentos megalíticos*, *palafitos* y *grutas artificiales*.

Bajo la denominación de monumentos megalíticos son entendidos los *dólmenes*, *menhires* y *cromlecs*. Palafitos son cabañas sostenidas por pilotes sobre las aguas de los lagos.

Dolmen es un monumento de piedra, cubierto o no de un montón de tierra y cantos, suficientemente para contener muchos esqueletos y forzado de uno o varios bloques sin labrar, sostenidos horizontalmente sobre el nivel del suelo por dos o más piedras enhiestas y empotradas en la tierra.

Menhir consiste en una piedra sin labrar plantada verticalmente en la tierra a modo de un mojón grande.

Cuando varios menhires se hallan próximos formando una circunferencia constituyen lo que se llama *cromlec*.

* * *

Al periodo de transición entre el Neolítico y la *Edad de bronce* se llama *Eneolítico* caracterizado por la simultaneidad de la industria de piedra y de cobre.

* * *

Edad de bronce

Carácter arqueológico.—Hay numerosos instrumentos y armas de bronce, como hachas, puñales, alabardas, puntas de flecha, alfileres, fibulas, etc.

Las hachas no tienen reborde al principio, son planas. Más tarde aparecen hachas con rebordes rectos, después las de talón o punto de apoyo para extremo del mango, y por fin las que están provistas de aletas. (Figs. 22 y 23).



(Fig. 18).—Tipo de dis-
quito raspador azi-
liense. Tamaño na-
tural.



(Fig. 19). — Tipo de
microlito aziliense.
Tamaño natural.



(Fig. 20).—(Obermaier: «El hombre fósil»). — Arpón
plano aziliense. $\frac{3}{4}$ tamaño natural, según
E. Piette.



(1)



(2)



(3)

(Fig. 21).—Hachas neolíticas.



(Fig. 22).—Hachas de bronce. $\frac{2}{3}$ tamaño
natural.



(Fig. 23).

Hacha de bronce más evolucionada.

Ya hemos indicado las principales etapas que atravesó la civilización, al menos en una gran parte de Europa, durante los tiempos prehistóricos. Para eso nos hemos servido de los principios fundamentales en que estriba toda la Prehistoria. Más no todos los datos de que hemos echado mano para determinar y fijar las subdivisiones, tienen un valor absoluto; por cuya razón, tampoco todas las conclusiones pueden ser definitivas. Nuevos estudios las irán modificando.

* * *

En el País Vasco no conocemos todavía restos correspondientes a la mayor parte del Paleolítico. La época Magdaleniense es la que aparece más franca y determinada en Aitzbitarte, en Armiña y en Balzola.

El Aziliense hace su manifestación en Balzola.

El Neolítico está representado en la misma cueva de Balzola, en Mairuelegorreta y en aislados instrumentos de piedra pulimentada hallados acá y allá en diversas localidades del territorio vasco.

El Eneolítico es el que está mejor representado. A él corresponden los dólmenes que han sido explorados hasta ahora en nuestro país, además del túmulo de Oquina y tal vez las cuevas artificiales de Álava.

De la Edad de bronce se conocen sólo algunas hachas.

De la edad de hierro son todos los monumentos de nuestro territorio que se atribuyen a la época romana, así como el yacimiento del camino de Lasarte (Vitoria) y otros.

Como se deduce de este breve cuadro de nuestras antigüedades, todavía conocemos poco de la Prehistoria vasca. De suponer es que las investigaciones que se harán en lo venidero, pondrán al descubierto restos de todas las etapas de la cultura prehistórica.

Uno de los más completos yacimientos que se conocen y de los más importantes bajo el aspecto científico se halla en la provincia de Santander, que aunque ya no es en nuestro territorio, sin embargo, tiene por su proximidad mucha importancia para nosotros, pues indudablemente en nuestro país debieron florecer las mismas o parecidas civilizaciones en aquellas remotas edades. El yacimiento a que me refiero se halla en la cueva del Castillo, cerca de Puente Viesgo. La excavación alcanzó de 16 a 18 metros de profundidad, y fueron apareciendo sucesivamente, empezando de la superficie hasta el fondo, los niveles *Eneolítico*, *Aziliense*, *Magdaleniense*, *Solutrense*, *Auriñaciense*, *Mustériense* y *Achelense*; niveles, que en general estaban separados entre sí por capas de arcilla o por formaciones estalagmíticas.

El resultado de la exploración del clásico yacimiento del Castillo y los restos de diversas épocas prehistóricas que ya van apareciendo en el territorio vasco, nos dan motivos para creer que nuestro suelo encierra interesantes datos que con tiempo nos han de facilitar la resolución del arduo problema del origen y desarrollo de la civilización en nuestro país (1).

(1) No hablo en particular del yacimiento y de los importantes dibujos rupestres de Santimamiñe de Kortézubi (Vizcaya), por no adelantar noticias que, dado el estado actual de las exploraciones en aquella cueva, que no hemos hecho más que empezar, necesariamente serían incompletas e inconducentes para el objeto de este trabajo.

II

Vimos ayer hasta qué punto contribuyen algunas ciencias al esclarecimiento de los problemas de la Prehistoria; estudiamos los fundamentos científicos de la clasificación prehistórica y su aplicación a las diversas épocas en que aquella se divide, e incluimos en el cuadro de la Prehistoria de la Europa occidental los hallazgos realizados en nuestro suelo.

Todavía conocemos muy poco de nuestras antigüedades prehistóricas. Por eso conviene emprender nuevas exploraciones. Más para que nuestras investigaciones no resulten infructuosas, hemos de saber en qué forma se presentan en el País Vasco los monumentos de aquellas remotas edades, y qué plan o método hemos de seguir al explorarlos y reconocerlos, a fin de sacar el mayor provecho posible para la ciencia.

Como en toda ciencia empírica, son de un interés primordial en la Prehistoria los hechos, o sea los hallazgos de objetos pertenecientes a épocas anteriores a la Historia. Mas a fin de elevar los hechos a una tal generalización, preciso es que los conozcamos bien, y para conocerlos bien, muchas veces no nos bastarán las descripciones más o menos exactas que halláremos en libros y revistas: lo más práctico, lo más seguro para no incurrir en mil equivocaciones y, sobre todo, lo que más plenamente convence es intervenir directamente en los trabajos de investigación, de reconocimiento y de excavación de los vestigios y monumentos de aquellos tiempos.

Con esto no quiero decir que un principiante haya de dirigir los trabajos de *excavación*. Para esto se requiere bastante estudio y mucha práctica, y un principiante echaría a perder muchos datos de valor que no escaparían al investigador práctico y experimentado. Más si puede llevar a cabo ciertos trabajos preliminares, como examinar cuevas y montañas y tomar los primeros datos que proporciona la simple inspección de un monumento, sin moverlo ni excavarlo.

¿Dónde estudiaremos nuestra Prehistoria?

Para saber el resultado de las exploraciones realizadas hasta ahora en los yacimientos y monumentos prehistóricos del País Vasco y conocer los objetos que salieron de ellos, es necesario acudir a monografías y artículos cuyo catálogo presentamos al final de este trabajo, y a varias colecciones públicas y particulares. En el Museo de San Sebastián pueden verse objetos característicos del Magdaleniense de Aizbitarte, los del Eneolítico que proceden de los dólmenes del Aralar y otros que han ido a enriquecer aquella incipiente colección. En el Museo de Pamplona se hallan expuestos los objetos y huesos procedentes de los dólmenes navarros. En el Gabinete de Historia Natural del colegio de Marianistas de Vitoria se hallan algunos objetos del túmulo de

Oquina y del dolmen de Aspea descubierto y explorado recientemente por los mencionados religiosos. En el Colegio de los PP. Paules de Murguía hay varios cráneos y objetos procedentes de uno de los dólmenes de Cuartango, y agujas de hueso y trozos de cerámica (neolítica?) de la famosa cueva de Mairuelegorreta. Hay, además, colecciones particulares, como la de D. Federico Baráibar y otros.

¿Dónde buscaremos monumentos prehistóricos?

Ante todo es preciso no perder de vista, que como dice «Manuel de Recherches Préhistoriques», publicado por la Sociedad Prehistórica de Francia, las dos preocupaciones más importantes del hombre prehistórico han sido: preservar de cualquiera peligro su existencia y la de su familia y asegurar el mantenimiento de los suyos. Para lo cual escogió los sitios que ofrecían mejores condiciones de defensa, de comodidad y facilidades para procurarse el sustento. Una colina expuesta al Mediodía, cerca de un manantial o río; una gruta orientada al Sur; un abrigo bien defendido de los vientos del Norte, han sido los puntos preferidos por el hombre primitivo para instalar su domicilio.

También conviene tener presente que la alimentación que sin grandes molestias para el hombre procura el mar con sus moluscos y crustáceos, atrajo en todo tiempo una población más densa, sobre todo en las desembocaduras de ríos, donde se hallan reunidos dos elementos necesarios para la vida: agua dulce y productos de la pesca.

Tampoco hemos de olvidar que el hombre, según los datos que hasta ahora conocemos, hizo su aparición en Europa en una época interglacial de clima benigno, lo cual hizo que escogiera para su habitación, no precisamente las cuevas, sino los sitios al aire libre, como las faldas de las montañas los flancos de los valles, donde le fuese fácil defenderse de los ataques de las fieras y tuviese cerca las fuentes y los ríos. Allí los cascajos arrastrados por las aguas le proporcionaban material abundante para fabricar sus primeros instrumentos. Por lo tanto, las proximidades de los ríos han de ser examinadas frecuentemente. Los cortes que a menudo presentan los terrenos diluviales de algunos de nuestros valles junto a los ríos podrán ser estudiados con provecho, pero siempre es necesario fijar bien la situación y demás circunstancias del hallazgo y las condiciones del terreno, pues éste ha podido ser revuelto por las grandes avenidas de épocas recientes. En el cuaternario de la llanada de Vitoria, a 2 metros de profundidad, en terreno francamente diluvial, hallé trozos de ladrillos y tejas, lo que me hizo suponer que el terreno habría sido removido por las aguas durante alguna crecida de un riachuelo vecino.

Los cortes producidos al extraer la arena, al abrir una zanja cualquiera, también han de ser objeto de especial investigación, pues muchas veces dejan al descubierto numerosos objetos, como restos de cocina, montones de ceniza y de carbón con utensilios y armas de épocas anteriores.

En el camino de Lasarte (Vitoria), hallamos este año, en un corte de humus vegetal y de terreno diluvial hecho al extraer la arena, una extensa

faja de restos de hogar: cenizas, trozos de cerámica basta y fina, trozos de huesos de animales, etc. Los HH. Marianistas de Vitoria tuvieron la fortuna de hallar en él otros objetos, como agujas de hueso, llave de hierro, etc., que hacen sospechar se trata de una estación de la época romana.

Las cuevas constituyen otro de los objetos más interesantes para investigaciones de esta índole, pues han sido desde épocas muy remotas (desde el Musteriense sobre todo) la principal habitación del hombre durante largos periodos de tiempo.

Gran parte de nuestro suelo está constituida por calizas de potentísimo espesor, terreno a propósito para que abunden grutas y cavernas. No pocas de estas fueron habitadas en épocas diversísimas por el hombre que nos dejó en ellas los restos de su industria, como lo hemos visto repetidas veces.

Nuestras montañas ofrecen ancho campo para este género de exploraciones, pues conservan todavía muchos vestigios de épocas prehistóricas. Casi todos los dólmenes, los cromlecs y los menhires se hallan en las altas planicies, en los sitios abrigados y en las pequeñas lomas de las montañas.

Antes de emprender tales exploraciones, conviene enterarse de los nombres con que son designadas las localidades que vamos a recorrer, así como de las leyendas y cuentos que versan acerca de ellas. Tales datos nos indicarán muchas veces hacia dónde se han de encauzar nuestras exploraciones. Los nombres de *Jentill-baratza*, *Jentill-arri*, *Jentill-eche*, *Jentill-bide*, *Sorgiñ-eche*, *Mairu-baratza*, *Arriluzeaga*, *Aldarearrieta*, *Arzábal*, *Saltarri*, *Doneiturrieta* y otros parecidos con que se designan varios puntos de nuestras montañas, nos prestarán algún servicio al emprender nuestras excursiones, y muchas veces nos llevarán como de la mano a sitios donde se conservan los más valiosos monumentos prehistóricos. El haber oído nombrar cierto punto del Aralar guipuzcoano con la palabra *Jentill-arri*, fué lo que me movió a emprender hacia aquel sitio una excursión durante el verano de 1916, y tuve la satisfacción de descubrir dos dólmenes. En la segunda excursión el número de éstos llegó a doce, y más tarde a cuarenta.

Útiles e instrumentos para las

excursiones prehistóricas : : :

Cuando se trata de hacer un viaje de exploración, basta llevar, en general, una brújula, un metro y un barómetro, además de un cuaderno y lápiz.

La brújula será indispensable, no sólo para orientarnos en la localidad por donde verifiquemos la excursión, sino mucho más para obtener la orientación exacta de los yacimientos ó de los monumentos prehistóricos, y para la ejecución de un ligero croquis topográfico alrededor de los yacimientos, así como para determinar su situación geográfica.

El metro, p. e. el plegable, es necesario para tomar las medidas de los yacimientos y de los monumentos prehistóricos.

El barómetro nos servirá para determinar la altitud del yacimiento.

Cómo se han de efectuar las exploraciones

Son distintos los métodos a seguir según se trate de estaciones al aire libre, en grutas y cavernas o de monumentos megalíticos.

Estaciones al aire libre.—El hombre prehistórico, en las épocas en que el clima era benigno, instalaba sus tiendas y cabañas al aire libre. Mas andando el tiempo, desaparecieron tales viviendas, y para saber dónde estuvieron emplazadas, no nos queda hoy más remedio que averiguar los sitios en que se hallan los restos de cocina y demás objetos y utensilios que sus habitantes abandonaron en el suelo de sus habitaciones y talleres.

Si por la abundancia de pedernales tallados, cerámica u otros objetos cualesquiera, nos cercioráramos de qué en un sitio determinado hay algún yacimiento de esta clase, anotaremos su altitud sobre el nivel del mar según la señale el barómetro; determinaremos su situación geográfica con relación a dos o más montañas o pueblos conocidos, para lo cual haremos uso de la brújula; y sirviéndonos de este mismo instrumento y del metro, sacaremos un croquis del lugar, señalando, si es posible, los límites del yacimiento. Tomaremos por fin nota exacta del nombre con que es designado el lugar de nuestro descubrimiento, y de las leyendas y cuentos, etc., y con esto habremos hecho bastante en la primera excursión.

Para hacer la excavación de una *estación al aire libre*, se abrirá una trinchera en dirección N-S. que, pasando por el centro, atraviese el yacimiento de parte a parte. Esta trinchera tendrá 70 centímetros de ancho, y su profundidad deberá llegar hasta el subsuelo. Hay que remover y sacar la tierra por capas paralelas de 20 centímetros de espesor, y examinarla bien, y cernerla para que no se pierda ningún dato. Los objetos que salieren serán apuntados en un cuaderno con las circunstancias del lugar y condiciones en que fuesen hallados. Terminada la excavación de la primera trinchera, se abrirá otra a su lado, y así se continúa hasta explorar todo el yacimiento.

Grutas y cavernas.—A causa del recrudescimiento del clima, muchas veces tuvo que retirarse el hombre a las cuevas, instalándose principalmente en sus entradas. Andando el tiempo, los escombros y la tierra arrastrada por las aguas cubrieron los restos de cocina y de industria humana correspondientes a las distintas épocas en que fueron habitadas.

En el transcurso de esta vida troglodítica aprendió el hombre el arte de grabar y pintar, arte que consiguió elevar a gran altura. Por esa razón, las paredes y el techo de las cavernas presentan muchas veces pinturas y grabados de animales de la era cuaternaria, predominando el bisonte, al menos en el norte de la Península Ibérica.

En el País vasco hay multitud de cavernas que por desgracia no son conocidas todavía en su mayoría. Al que deseara, pues, hacer por sí estas investigaciones, ancho campo le ofrecen para explayar su ingenio estos olvidados parajes, donde frecuentemente se han conservado intactas muchas capas superpuestas, representantes de otras tantas épocas, como páginas ilustradas de un libro en que se estudian las razas que han poblado un país, la industria

y arte que en cada etapa ha florecido; en una palabra, las vicisitudes que atravesó en sus orígenes esta civilización material que tan adelantada contemplamos en nuestros días.

Para hacer con provecho tales trabajos conviene tener presentes algunas instrucciones.

Al reconocer por primera vez una cueva, se ha de fijar bien su situación topográfica, determinar su orientación y su altitud, examinar la naturaleza de la roca en que está abierta, señalar los caminos que a ella conducen, y averiguar los manantiales y ríos más próximos.

En esta primera visita se recorrerá la caverna, anotando las particularidades que se observen, el estado del suelo, de las paredes y del techo. Todo objeto hallado en el suelo deberá ser recogido cuidadosamente, anotando en el cuaderno la indicación exacta del punto en que fué hallado.

Se han de reseñar, además, la historia, las leyendas que versen sobre la cueva y los hallazgos anteriores.

Por fin, se hace un croquis de la cueva, y si es posible, se obtiene una fotografía de su entrada.

Excavación.—Ante todo conviene tener presente que no ha de emprender ninguna excavación quien no cuente con medios para llevarla a cabo totalmente. Ni es prudente la empresa quien no ha hecho más estudios que los puramente teóricos, pues en la práctica ocurren dificultades que nadie puede prever. El que haya tenido, pues, la fortuna de hallar vestigios ciertos de antiguas edades, después de haber tomado las notas que hemos indicado, ha de procurar pedir consejo a sociedades o particulares que se han especializado en estos trabajos. De haber procedido con alguna ligereza en tales casos, se han cometido errores y faltas que ya no tienen remedio.

No faltan por desgracia quienes se dedican—tal vez su ignorancia los disculpe—a destrozarse monumentos y remover yacimientos, sin provecho para nadie, si no es para satisfacer un capricho pueril. Son verdaderos salteadores de recintos prehistóricos.

Recuerdo que uno de esos *aficionados* llegó a saber la existencia de una cueva, famosa por sus leyendas, situada en un rincón de Guipúzcoa. El no la visitó; había que subir una cuesta algo empinada.

Ordenó, pues, que dos obreros excavaran todo el piso de la cueva, y le enviaran a Madrid los huesos y objetos mejor conservados. Desgraciadamente la orden fué ejecutada sin huelgas. A rudos golpes del pico salieron rotos y desordenadamente abundantes restos de animales y de industria humana, testigos de un pasado del que nunca se tuvieron noticias, y los que parecieron mejor conservados, fueron remitidos a nuestro infeliz coleccionador, que si en aquella ocasión no satisfizo su capricho, privó al menos a la Prehistoria vasca de un precioso yacimiento.

Para excavar el piso de una caverna, se puede seguir el método a que nos hemos ajustado en las exploraciones hechas en colaboración con los doctores Aranzadi y Eguren en la cueva de Santimamiñe (Kortézubi).

En la entrada misma de la cueva, abrimos una trinchera de un metro de

ancho que la atravesaba de parte a parte. El corte así practicado nos permitia reconocer las capas superpuestas y medir su espesor.

La excavación, de 8,60 metros de profundidad, no llegó hasta la peña viva; pero se ha de continuar hasta alcanzarla.

Hecho esto, se continúa la excavación por capas horizontales. A lo largo de una de las paredes de la cueva se deja intacta una faja del suelo, para que se conserven los lechos superpuestos, como testigos de la estratificación y de las épocas allí representadas.

Toda la tierra, cenizas, etc., que salieren, han de ser cernidas en un cedazo de medio centimetro cuadrado de malla, cuidando siempre de no confundir los objetos y huesos correspondientes a un nivel con los de otro.

Los huesos de animales y hombres y ciertos objetos fáciles de quebrarse o deshacerse han de ser recogidos con mucho cuidado, aislándolos primero con su *ganga* y silicatándolos luego en el mismo sitio si fuere necesario.

En varios puntos de la cueva, y sobre todo en la proximidad de los huesos se han de recoger trozos de tierra para estudiarlos con el auxilio del microscopio y ver si contienen restos de pelos, piel, etc.

En las grutas, cuevas y abrigos conviene observar detenidamente las paredes, por si se logra descubrir pinturas y dibujos rupestres. Si los hubiese, obténgase una reproducción exacta por medio de la fotografia, o de calco, teniendo en este último caso cuidado de no destruir la pintura.

Grutas artificiales.—Las grutas artificiales, o sea las practicadas por el hombre en la peña viva, ofrecen en muchos casos un gran interés. Las de Álava, abiertas en las rocas areniscas del cretáceo superior, son muy notables en la Prehistoria Vasca. Aunque es difícil hallar allí objetos de arte, la existencia misma de tales grutas en tanta variedad es un dato muy importante. Pues si hoy se estudia con interés cualquier monumento arquitectónico que por fortuna resistió a la acción destructora del tiempo, sólo porque en él aparece marcado el sello de la inteligencia, y se vislumbran las costumbres, el gusto y el espíritu de otras épocas, es fuerza concluir que la antigüedad irremplazable y lo raro de la arquitectura que contemplamos en estas grutas, las hace sumamente interesantes, y ha de llamar la atención de cuantos se dedican al conocimiento de nuestras antigüedades y del genio artistico de nuestros antepasados.

El verano de 1917 tuve el gusto de visitar y examinar 72 de estas grutas en compañía de mi amigo y compañero, D. Manuel de Lecuona. Son unas ordenadas estancias, de muchas y variadas cámaras algunas, y las más de una sola a modo de pequeña garita. Su planta es a veces semicircular y otras completamente redonda, o también un perfecto rectángulo, sobre todo cuando las dimensiones son mayores, como en las que miden seis o más metros de largo, cuatro de ancho y otro tanto de alto, con dos o tres cámaras además, abiertas en sus paredes. El techo afecta, en general, la forma de bóveda, de medio punto a veces y rebajada casi siempre. (Fig. 24).

También en varios puntos de Francia y de España ha sido señalada la existencia de grutas artificiales.

Comparando las de Álava con las que han sido señaladas en Francia como neolíticas, resulta una serie de circunstancias y puntos de contacto tales, que hacen pensar en influencias mutuas, y no en puros paralelismos.

Las de Finisterre, por ejemplo, ofrecen un aspecto muy singular con sus sepulturas y relieves, puertas provistas de canales y hoyos en los costados para colocar, sin duda, alguna lancha de piedra o tablón que servía de puerta; ventanas circulares, tabiques de división, hornacinas, orificios de suspensión tallados en la peña en forma de cubeta, etc.

Todas estas particularidades se hallan admirablemente representadas en las grutas alavesas, lo que hace suponer que su origen no puede colocarse mucho más acá del *Eneolítico*, aunque por otra parte no haya aparecido ningún resto arqueológico que confirme tal opinión.

Para explorar tales grutas, se sigue este método: se abre una trinchera en medio de la gruta hasta llegar a la peña. Si no diese resultado, se abre otra trinchera perpendicular a la primera. Si se comprueba la existencia del yacimiento, con niveles, se procederá a su exploración, siguiendo el plan que expusimos para las cuevas naturales.

Monumentos Megalíticos.—Una de las notas más características de la época neolítica es la invención de la arquitectura, desconocida aun entre las tribus más adelantadas de la época del reno.

La vida sedentaria de los pueblos contribuyó, sin duda, a que se estrecharan los lazos sociales, y entonces es cuando el hombre, obedeciendo al impulso de sus concepciones religiosas, emprende la construcción de sus monumentos funerarios, que habían de sobrevivir por miles de años a sus viviendas: la creencia en otra vida después de la muerte del cuerpo crea la arquitectura.

Llámanse *Monumentos Megalíticos* aquellas construcciones primitivas, compuestas de uno o más bloques de piedra bruta, toscamente desbastada. No todos pertenecen a la época neolítica, pues al principio de la de bronce se construían todavía. Según su destino y diferente colocación de las piedras, han recibido los nombres de *menhires*, *cromlecs*, *túmulos* y *dólmenes*.

Menhir.—Consiste en una piedra sin labrar plantada verticalmente en la tierra.

La piedra de Roldán en medio de la llanura de Ata (Aralar) que es considerada como menhir, mide tres metros de alto; y las dos piedras que considero como posibles menhires, y que se hallan en el Aralar guipuzcoano, son aproximadamente del mismo tipo: llámanse *Suspentzaitz* y *Saltarri*. Este último es objeto de una leyenda en la que se supone que en épocas antiquísimas fué lanzado por un *jentill* que a la sazón vivía donde actualmente se encuentran las ruinas del castillo de Ausa en Zaldivia. Claro es que estos menhires no alcanzan ni con mucho las dimensiones de los de Morbian, Finisterre, etc., donde hay menhir que mide 20 metros de altura; pero también nuestros dólmenes son menores que los de aquellas regiones de Francia.

La época de la erección de los menhires en Europa se remonta a la de los dólmenes, pues así lo demuestra su frecuente vecindad con éstos y aun el

hallazgo de hachas pulimentadas, puntas de flecha y cerámica neolítica en excavaciones hechas a su lado en Finisterre y otros puntos.

No sabemos todavía qué significan estos monumentos: mojones, ídolos, piedras conmemorativas, etc.: son opiniones que han sido sustentadas por los prehistoriadores. Por la historia hebrea conocemos que aquel pueblo erigia piedras, como los menhires, en testimonio o conmemoración de algún suceso; pero también nos dice la Historia que en la Edad Media estas piedras eran objeto de culto supersticioso. Las excavaciones de los arqueólogos bretones dieron, además de los objetos mencionados, fragmentos de huesos, carbón y cenizas. En la excavación que hicimos el verano pasado junto al menhir de Suspentzaitz salieron también trozos de carbón y tierra roja o quemada, lo cual nos llevaría a atribuir el mismo destino a nuestros menhires que a los de Bretaña.

Al estudiar científicamente un menhir, conviene determinar su situación, la altitud del lugar, la orientación de sus ejes, y las dimensiones de sus caras. Conviene también fijarse en la naturaleza de la roca y ver de dónde procede. Hay que anotar bien los grabados (si los tiene). Si se puede, conviene fotografiar la cara oriental y la arista del Sur.

Exploración. Para explorarlo se abre una trinchera en dirección E.-W., trinchera que comenzará a uno o dos metros de distancia del menhir y terminará al pie de él. Después se cierra la trinchera y se hacen las mismas operaciones frente a las demás caras del monumento.

Cromlecs.—Ya dijimos ayer en qué consiste este monumento.

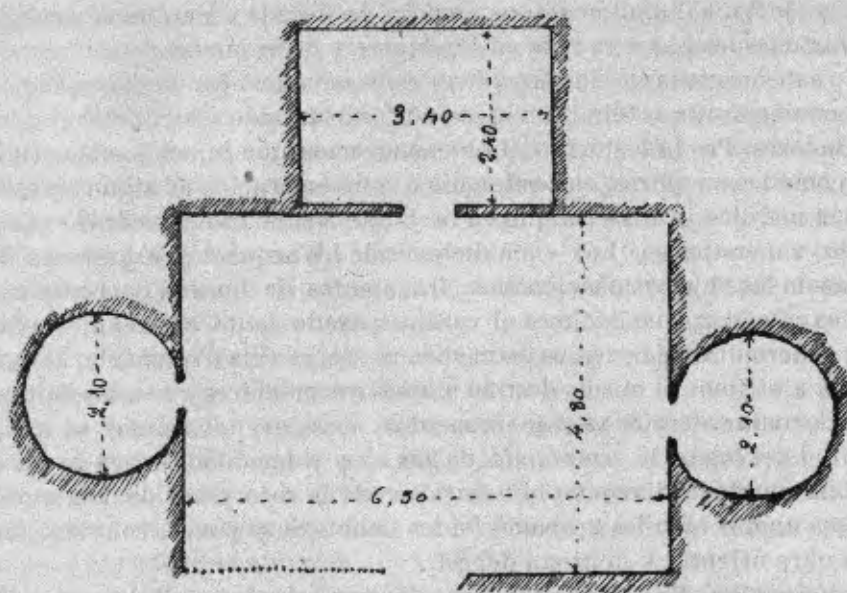
Las excavaciones practicadas en uno de los cromlecs de Morbrian (Francia) dieron por resultado numerosas hachas pulimentadas y cerámica negra de técnica muy grosera, lo cual permite clasificar de neolíticos al menos a muchos de estos monumentos. No se sabe cuál es su significación. Varias pudieron ser las causas que movieron a erigirlos a los hombres prehistóricos: lo mismo han podido ser recintos sagrados, como monumentos conmemorativos y lugares de asamblea política o judiciaria. En el País Vasco han sido señalados veinte de estos recintos, todos en los montes de Oyarzun, donde son designados, con el nombre de *Mairubaratzak*. En el Aralar guipuzcoano, cerca del dolmen de Oiduegi, hay también un círculo de piedras, tiasas algunas y caídas otras, que recuerdan un reducido cromlec de 14 metros de diámetro.

Exploración. Se abren dentro del círculo, siguiendo las direcciones N.-S. y E.-W., dos trincheras perpendiculares entre sí, de modo que se crucen en el centro y alcancen una profundidad que llegue hasta el subsuelo.

Túmulo.—Es un montón de piedras o tierra que cubre una o más sepulturas.

Para explorar el túmulo, se abre una trinchera empezando por el lado E. Se va sacando la tierra por capas de 20 centímetros de espesor hasta llegar al fondo. Después se abre otra trinchera por el lado S. y por fin se va extrayendo la tierra por capas horizontales hasta dejar despejada la sepultura o sepulturas, cuya situación dentro del túmulo se determinará y apuntará inmediatamente. Después se abren y exploran cuidadosamente las sepulturas que hubiese.

Dolmen.—En general, sólo por el aspecto exterior del monumento, no puede



(Fig. 24).—Croquis en planta de una de las cuevas artificiales situadas al N. de Laño



(Fig. 25).—Dolmen rodeado y cubierto por el galgal o montón de piedras.



(Fig. 26).—Corte vertical (N.-S.) de un dolmen.



(Fig. 27).—Piedra con signos hemisféricos del Dolmen de Inhusburu, (Ataun).

ser determinada su edad. Con todo, existen casos en que la forma constructiva es uno de los elementos de clasificación, fundado en los principios de caracterización a que ha dado origen la estadística monumental ya bastante completa en esta materia.

A tres tipos principales han sido reducidos los dólmenes: 1.º El construido con grandes bloques sin labrar, colocados verticalmente y dispuestos de modo que formen una gran caja, y encima una larga piedra que sirve de cubierta. 2.º El de cámara alargada, cubierto con varias piedras formando una galería. 3.º El que consta de galería y cámara circular cerrada por una cúpula.

El primero de los tres es probablemente el más antiguo; pero ha continuado casi en su forma primitiva en muchos países hasta los últimos tiempos de la civilización dolménica. Son prueba de ello nuestros dólmenes, que, en general, datan de principios de la edad de bronce.

Conócense ya más de ochenta dólmenes en todo el territorio vasco; algunos han sido ya estudiados detenidamente, gracias a la poderosa ayuda que prestan nuestras Diputaciones que decididamente han fomentado estos trabajos.

De los que he visto durante estos dos años (cerca de cincuenta), puedo decir que aquí hasta ahora todos los dólmenes presentan el mismo tipo arquitectónico, con ligeras variantes, y no creo que ofrezcan elementos por los que se puedan agrupar en series sistemáticas. Por su forma y dimensiones se asemejan a los del Mediodía de Francia, que son muy simples, y nunca alcanzan la grandeza y el aspecto imponente de los de Bretaña. De ellos dice Cartailhac: «La cámara es rectangular, cerrada en general por cuatro piedras, dos largas y dos cortas; una de éstas que es manejable, hace de puerta..... La cubierta es frecuentemente muy voluminosa.» Esta es la forma en que *debería* presentarse el dolmen de nuestro país, si estuviese intacto; pero, desgraciadamente, el afán insensato de hallar tesoros en los dólmenes, ha hecho que éstos hayan sido profanados varias veces, y desenvueltas sus piedras, y desfigurada frecuentemente su forma.

Después de tales destrucciones, el dolmen ha quedado generalmente en la forma siguiente: primero se presenta un gran montón de tierra y piedrezuelas en forma de un cono truncado, que se llama túmulo o galgal; en el centro se ve un hoyo ancho y profundo, donde todavía aparecen en muchos casos algunas piedras laterales, si no todas. El diámetro del túmulo varía entre 10 y 20 metros, y su altura en el centro entre medio metro y tres metros. (Fig. 25 y 26.)

De modo que, según se desprende de esto, una pequeña elevación del terreno, si no es natural debe hacernos pensar en que puede ser un dolmen, y hay que examinarla con detención. Si efectivamente viésemos que se trata de un monumento de este género, apuntaremos la altura del lugar y la situación geográfica con relación a dos o más montañas o pueblos conocidos. Con la ayuda de la brújula, determinaremos, si es posible, la orientación del eje mayor de la cámara sepulcral. Con el metro tomaremos las dimensiones del túmulo (longitud de su diámetro y su altura en el centro), y a las de las piedras que pertenezcan o hayan pertenecido a la cámara, señalando su posición en un croquis que se hará de todo el conjunto. Estas piedras han de ser bien examinadas,

para averiguar si proceden de las proximidades o de alguna cantera lejana. También hemos de fijarnos en si presentan signos hemisféricos o escritura llamada cupuliforme, que consiste en pequeños hoyos artificiales practicados en la piedra y unidos entre sí por un surco también artificial. Esta escritura tan universal como enigmática fué empleada también por los constructores de nuestros dólmenes. (Fig. 27.)

Excavación.—Antes de empezar la excavación del dolmen, se obtiene por lo menos una fotografía, señalando su orientación y la distancia que media entre el objetivo y el centro del dólmen.

La excavación se ha de empezar en el túmulo, por el lado de la entrada, que generalmente está al Oriente. Se abre una trinchera y, al llegar a la cámara sepulcral, no conviene abandonar el lugar por ningún pretexto, porque la excavación ha de poner al descubierto numerosos objetos cuya situación se ha de apuntar, si el dolmen estaba intacto, en un croquis que se habrá trazado de antemano.

La tierra extraída se cierne en un cedazo.

Terminada la excavación, se impresiona otra placa fotográfica indicando la orientación y la distancia, y después se reconstituye el dolmen y se deja en la forma que tenía antes de la exploración.

* *

Termino ya mi tarea, no por haber agotado la materia, que daría lugar a largas disertaciones, sino porque el tiempo es limitado y el campo muy extenso para recorrerlo en dos horas. Más no me despediré sin recomendaros las fundamentales obras de los sabios Obermaier (sobre todo su hermosa memoria «El Hombre fósil»), Breuil, Dechelete y el «Manuel de Recherches Préhistoriques» de la Sociedad Prehistórica de Francia, en cuyas enseñanzas me he inspirado principalmente al desarrollar el plan de este cursillo.

BIBLIOGRAFÍA DE LA PREHISTORIA VASCA

ADÁN DE YARZA.—«Descripción física y geológica de la provincia de Álava».—Madrid, 1885.

ALZOLA (Excmo. Sr. D. Pablo de).—Informe acerca de una hacha neolítica encontrada en Dima. Boletín de la Comisión de Monumentos de Vizcaya. Tom. II, Cuaderno IV, pág. 13, 1910.

AMADOR DE LOS RÍOS (José).—«Estudios monumentales y Arqueológicos. Las Provincias Vascongadas». Revista de España, tom. XXI, 1871, pág. 15.

APRAIZ (Julán).—«Los dólmenes alaveses». Revista Euskalerría, tomo XXVII, pág. 431. Año 1892. Tom. XXVIII, 1893, pág. 43.—«Un nuevo dolmen alavés». Id. tom. XXXIV, 1896, pág. 187.—«¿Cristianos o prehistóricos?» Id. tom. XLIV, 1901, pág. 16.—Varios artículos sobre prehistoria alavesa. Revista Contemporánea. 1892-1895.—«Discurso acerca de los dólmenes alaveses».—San Sebastián, 1905.

- ARANZADI.—«Cromlecs en Guipúzcoa». «Euskalerriaren alde», 1915, tomo V, pág. 714.
- ARANZADI Y ANSOLEAGA.—«Exploración de cinco dólmenes del Aralar».—Pamplona, 1915.
- ARANZADI, BARANDIARÁN Y EGUREN.—«Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano» (en publicación).
- ARETIO (Dario de).—«¿Monumentos iberos?» Euskal-Erria, tom. LVII, pág. 327. 1907.
- BARAIBAR (Federico).—«Los dólmenes de Álava». Euskal-Erria tom. II, pág. 207. 1881.
- BARANDIARÁN.—«Prehistoria Vasca. Monumentos del Aralar guipuzcoano». Euskalerriaren alde, pág. 561, 1916.—«Resumen de prehistoria vasca. Discurso inaugural leído en el Seminario Conciliar de Vitoria, 1917.
- BECERRO DE BENGOA.—«Descubrimiento de nuevos sepulcros celtas en Álava». Ateneo de Vitoria, 1870-72.—«Alrededor de Vitoria». Revista de las Provincias Euscaras.—Vitoria, 1879.—«Los dólmenes celtas». Euskal-Erria, tom. III, pág. 154, 1881.
- BREUIL.—«Juan Cabré Aguiló: Les gravures rupestres de la Torre de Hércules, etc.» «Revue Archéologique», pág. 326.—Paris, 1916. «L'Antropologie» tom. XXVII, pág. 444, 1917.
- CABRÉ, AGUILÓ Y GONZÁLEZ DEL RÍO.—«Los grabados rupestres de la Torre de Hércules.» Rev. de Arch; Bibl. y Mus, 1915.
- CABRÉ AGUILÓ.—«Extracto del *Avance al estudio de la escultura prehistórica de la Península Ibérica*».—Coimbra, 1918.
- CARTAILHAC.—«Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal».—Paris, 1886.
- COMISIÓN DE MONUMENTOS DE VIZCAYA.—Boletín de la....., correspondiente a los meses de Enero, Febrero y Marzo de 1918. (Está dedicado a la cueva de Santimamiñe).
- EGUREN Y BENGOA.—«Estudio antropológico del Pueblo Vasco».—Bilbao, 1914.
- GÁLVEZ CAÑERO.—«Nota acerca de las cavernas de Vizcaya».—Boletín del Instituto Geológico de España, tom. XXXIII.—Madrid, 1913.
- HARLÉ (E.).—«Les grottes d'Altz-bitarte, ou Landarbaso, à Renteria près de S. Sebastian».—Bol. de la R. Acad. de la Hist., Abril, 1908, pág. 339.
- HEINTZ LOLL.—«La Espeleologia en Álava».—Madrid, 1908.
- ITURRALDE Y SUIT.—«La Prehistoria en Navarra».—Pamplona, 1911.
- MENÉNDEZ Y PELAYO.—Historia de los Heterodosos Españoles, T. I.—Madrid, 1911.
- OBERMAIER.—«El Hombre fósil».—Madrid, 1916.
- PUGO Y LARRAZ.—«Cavernas y simas de España».—Bol. de la Comisión del Mapa Geológico.—Madrid, 1896.
- SORALUCE (Pedro Manuel de).—«El marino enskaldun».—Euskal-Erria, tom. XXXIII, 1897.
- URRETA (Miguel de).—Extracto de la conferencia euzkérica acerca de la Prehistoria Vasca, pronunciada en San Sebastián por.....—Euskal-Esnalea, núm. 172, pág. 84, 1918.
- VELASCO (Ladislao).—«Provincia de Álava. Monumentos».—Vitoria, 1867.—Discurso leído en la sesión inaugural del Ateneo de Vitoria en el curso de 1871-72.
-